

Iberian Journal of the History of Economic Thought

ISSN-e: 2386-5768

<https://dx.doi.org/10.5209/ijhe.81860>

 EDICIONES
COMPLUTENSE

¡Viva el socialismo!, de Thomas Piketty. Deusto S.A. Ediciones, 2021, 288 pp. ISBN: 9788423432424.

El título es del todo menos casual, o, dicho de otro modo, deliberadamente provocativo. Thomas Piketty, uno de los mayores expertos mundiales en la medición económica de la desigualdad, pretende agitar el debate en torno a la distribución de la riqueza, ofreciendo, al tiempo, algunas iniciativas de política económica que, a su juicio, combatirían la tendencia global que se observa a lo largo de las últimas décadas en relación con la concentración de aquella –muy especialmente en el centil más rico–. Y ello, por cuanto, en definitiva, “al redistribuir la propiedad, es posible redefinir el conjunto de relaciones de poder y de dominio social” (p. 27), fin que pretende el autor.

Se trata de un libro abiertamente militante en el que, tras una ligera *Introducción* que dota de una suerte de hilo argumental a la obra y en la que se asume honestamente la naturaleza combativa de *¡Viva el socialismo!* (por ejemplo, p. 35), se compilan cronológicamente –sin modificaciones– los artículos que el economista francés publicó en *Le Monde* entre septiembre de 2016 y julio de 2020. De ahí que el subtítulo del libro en su versión española, *Crónicas 2016-2020*, quizá sea más informativo que el propio título sobre el contenido de la obra. Porque, en última instancia, *¡Viva el socialismo!* ofrece –con alguna excepción, como el obituario a Anthony B. Atkinson– una crónica político-económica de los hechos que, en relación con la distribución de la propiedad de la riqueza, despertaron durante cuatro años el interés de Piketty. Y es que, como se ha anticipado, el fin de Piketty con esta obra no es otro que “involucrarse en la vida ciudadana y en los acontecimientos de actualidad, con el riesgo que ello conlleva” (p. 16).

Los hechos a los que se refiere Piketty en el libro pueden agruparse en tres ámbitos geográfico-políticos: Francia, la Unión Europea y el mundo globalizado, con especial atención a los Estados Unidos. En este punto, la incardinación de los artículos en los tres ámbitos antedichos que ofrece el índice de la obra no se corresponde por entero el contenido de aquellos, por lo que hubiera sido mejor descartar esa adscripción –cuestión distinta hubiera resultado una presentación no cronológica de aquellos, y que sí hubiera permitido ofrecer una clasificación informativa en función del ámbito geográfico de los contenidos–.

Precisamente la naturaleza informativa de la publicación que originariamente acogió los artículos, uno de los diarios más prestigiosos de Francia, fundamenta el tono eminentemente didáctico de los escritos. Estos proyectan su ambición sobre múltiples cuestiones relacionadas en última instancia con la desigualdad económica: desde el cambio climático a la brecha de salarios entre sexos, la política tributaria o el sistema de gestión empresarial. Todo lo cual cobra sentido si no se pierde de vista los ropajes de cronista crítico de la actualidad con los que Piketty se ha revestido en *¡Viva el socialismo!*

No en vano, la voluntad última del autor es convencer sobre las bondades de un socialismo participativo, “un socialismo feminista, mestizo y universalista” (p. 31), tal y como se afirma en la introducción. Al efecto, empero, más que de un proyecto sistematizado, *¡Viva el socialismo!* ofrece recomendaciones de reforma institucional ligadas al hecho de actualidad que se analiza en cada artículo, sirviendo la proclama de la *Introducción* como un marco programático amplio en el que caben todas las iniciativas que se encuentran en el resto del libro y que, como el propio autor señala, han sido desarrolladas con mayor profusión en otra obra de reciente publicación, *Capital e ideología*.

El diagnóstico de Piketty a lo largo de *¡Viva el socialismo!* se apoya fácticamente en sus conocimientos sobre la medición de la desigualdad económica. Precisamente la evidencia empírica que sobre esta ha acumulado en casi tres décadas de investigaciones –uno de cuyos epítomes lo constituye el proyecto vivo *World Inequality Database* (<https://wid.world/es/pagina-de-inicio/>), del que es codirector– resulta el punto de partida de muchos de los artículos que describen la evolución de la desigualdad en las principales economías europeas y norteamericana.

Al efecto, de una lectura de conjunto del libro, las causas que fundamentan la concentración de la riqueza a la que asistimos durante las últimas décadas –sobre todo, en la mejora sustancial de la posición del centil más pudiente– se subsumen a juicio de Piketty en un marco institucional que propicia una carrera a la baja en los estándares regulatorios en ámbitos como el tributario o el comercial que, tras la Segunda Guerra Mundial, promovieron en las principales economías occidentales una mayor igualdad económica. Es en este punto donde más aflora el Piketty académico, que identifica las causas de la desigualdad económica entrecruzando los datos empíricos con el contexto institucional que los abraza.

Sin embargo, quizá la cualidad de Piketty como gran experto en el análisis de la desigualdad económica motiva a su vez una suerte de materialismo histórico en algunos diagnósticos de naturaleza más poliédrica, uno de cuyos mayores exponentes resulta el artículo sobre la comunidad autónoma de Cataluña. Esta primacía del elemento económico-redistributivo en los razonamientos –o simultáneamente, de reduccionismo– también parece alcanzar a las bondades sociopolíticas de una minoración de la desigualdad. Ya lo advierte Piketty desde la introducción: es un libro militante –y naturalmente subjetivo, como acepta el autor, en sus recomendaciones–.

Llegados a este punto, los tres ámbitos geográficos que motivan la atención principal de Piketty a lo largo de la obra parten de una confianza en la capacidad de movilizar cambios institucionales. Quizá, eso sí, con alguna ligera contradicción en la capacidad de un Estado para impulsar cambios en solitario en políticas de naturaleza internacional, que pudiere entenderse si se toma como punto de partida la propia Francia u otros Estados con peso específico en el marco de las relaciones internacionales. Dicho con otras palabras, mientras en el plano medioambiental Piketty asume que “no se puede aplicar ninguna política medioambiental válida si no forma parte de un proyecto socialista global basado en la reducción de las desigualdades, la circulación permanente del poder y de la propiedad y la redefinición de los indicadores económicos” (p. 25), en otro lugar sostiene la capacidad de un Estado para imponer sanciones comerciales a un tercero que aplique una política tributaria de *dumping* fiscal (p. 281).

Si lo anterior entronca mejor con los artículos de ambición global, Francia y la Unión Europea son los otros temas que en mayor medida ocupan el análisis de Piketty. Con todo, a salvo de menciones muy focalizadas en las elecciones francesas o en el sistema galo de pensiones, la mayoría del contenido de los artículos sobre Francia, como el debate sobre la tributación de la riqueza (p. 140 y ss.)¹ o la financiación de la educación pública (p. 144 y ss.), pueden ser de interés general. De ahí que, en ocasiones, el título de un artículo se compadezca solo parcialmente con su contenido. Sirvan al efecto como ejemplos “Sanders al rescate de la democracia estadounidense”, donde se proyectan datos de participación electoral por renta desde la Segunda Guerra Mundial para Francia, Reino Unido y Estados Unidos (p. 263), o “Diputados de En Marche, ¡tomen el poder!”, donde se hace referencia al sistema de retenciones en origen del impuesto sobre la renta (p. 125).

Otro tanto ocurre con los artículos relacionados con la Unión Europea. Mientras algunos son eminentemente comunitarios, y se refieren de manera principal al análisis crítico del sistema de gobernanza político-económica –desde el Parlamento al Banco Central Europeo–, otros parten de un hecho de la actualidad europea para defender las potencialidades políticas de una menor desigualdad (ilustrativamente, “La justicia económica como salida al conflicto identitario”, p. 241).

Desde el punto de vista de la teoría económica, en otro orden de cosas, Piketty desgrana a lo largo de los artículos una aproximación heterodoxa hacia cuestiones que van desde la deuda pública, para la que parece defender la experiencia británica, alemana y francesa de la Segunda Guerra Mundial para su pago (p. 209), a la medición del PIB –en su opinión, deberíamos centrar la atención en el PIN– o de la productividad, respecto de la que defiende la necesidad de focalizar la atención en el producto obtenido por hora trabajada. También resulta reseñable, por alejado del *mainstream*, el análisis que se realiza sobre la relación entre capital público y privado en una economía (p. 107 y ss.) o respecto de la interconexión para la consecución de un salario justo de “instituciones y políticas complementarias entre sí: los servicios públicos, incluida la educación; el derecho laboral y societario; y el sistema fiscal” (p. 62).

Ciertamente en este punto sobre la teoría económica merece mención aparte la columna que Piketty escribió para responder a las críticas del FMI sobre la relación que el primero sostiene entre la desigualdad y la brecha entre las tasas de crecimiento y de rendimiento del capital. Es uno de los artículos con mayor carga técnica –junto con el del análisis de la productividad (p. 68)–, pero en cuyos últimos párrafos aflora una valoración positiva del debate como elemento ínsito al proceso científico (p. 49).

De ahí que quizá el mejor corolario sobre las potencialidades y aportaciones de la obra –y del pensamiento, quizá también un poco rousseauniano de Piketty– se encuentre en uno de sus párrafos. “La investigación en ciencias sociales, de las que la economía no puede separarse, con independencia de lo que algunos piensen, es y siempre será, tentativa e imperfecta. No está destinada a producir certezas incontestables. No existe una ley económica universal: simplemente hay una multiplicidad de experiencias históricas y datos imperfectos que deben ser examinados pacientemente para tratar de extraer lecciones provisionales e inciertas. Uno mismo debe abordar estas cuestiones y esos materiales para formarse su propia opinión, sin dejarse impresionar por los argumentos de autoridad de los demás” (p. 50). Un ejemplo de honestidad intelectual que, por el estímulo del debate que plantea –se compartan o no sus recomendaciones–, merece la pena leer.

Eduardo Sanz-Arcega
 Universidad de Zaragoza
esanzarcega@unizar.es

¹ En la misma línea puede interpretarse “El impuesto sobre la fortuna en América” (p. 211), focalizado *a priori* en Estados Unidos.